

cunvalada la plaza? Téngase esto presente para apreciar el dicho de Arellano en lo que vale.

Por lo demás, todo lo que dice Arellano respecto de que á nuestra salida de Querétaro nos haría pedazos el enemigo, es una mentira que sólo puede decir un militar ignorante, según se probó pocos días después con la salida que hizo el general Miramón por el camino que yo había designado, en cuyo movimiento con solo dos batallones y alguna caballería derrotó al enemigo que ocupaba aquella línea, según yo había previsto: le tomó prisioneros, víveres y ganado, y permaneció dueño del camino, que quedó sin uno solo de nuestros contrarios y á nuestra disposición desde las seis de la mañana hasta las doce y media del día, en que por no tener ya objeto volvió á entrar en la plaza, sin que en todo este tiempo hubiera descendido de las alturas ninguna fuerza á batir á Miramón ni á reconquistar la línea que había perdido el enemigo. Entonces vió el Emperador por sí mismo que era cierto cuanto yo le había dicho: que era fácil sorprender al enemigo, cuando él no lo esperara; que era posible romper el sitio por el camino de Celaya, derrotando á las tropas que lo cubrían, posesionarnos de la estancia de los Vacas y provocar una batalla en terreno donde todas las ventajas estuviesen de nuestra parte; ó bien, ejecutar el movimiento que se creyera conveniente; pero alcanzándose de luego á luego la muy grande de salir de la posición en que estábamos tan mal, que con excepción de lo que dejo dicho, ninguna otra cosa se podía emprender con buen éxito, como se vió después.

Así es que, como el Emperador presenció que lo que yo le había propuesto con todo el ejército, era tan seguro que Miramón lo ejecutó á su vista con unos cuantos soldados, S. M. me repetía á cada momento en el cerro de las Campanas, donde nos encontrábamos, presenciando el movimiento de Miramón, estas palabras:

—Ahora veo que se puede salir de la plaza.... Me habían engañado..... Hace tantas horas que somos dueños del camino..... Nadie baja á batir á Miramón.....

XI

El valor del Emperador y mi conducta militar en Querétaro *

No hay remedio: Arellano se ha propuesto culparme por todo. ¡Paciencia! Es menester conocer el mundo y saber que en la marcha de los tiempos hay épocas en que los que antes pedían un favor con el sombrero en la mano, vienen á ser fieros calumniadores de aquellos á quienes antes lisonjeaban. Es menester tener presente que en este mundo, como dice el proverbio, "no todo lo que relumbra es oro" y que hay hombres que parecen muy sabios y no son más que unos necios.

Desaprueba Arellano en este capítulo que el Emperador estableciera su cuartel general (como él lo llama) sobre la misma línea de batalla en el cerro de las Campanas, porque este procedimiento es contrario á las reglas del arte que lo prohíben á cualquiera en igual caso, aun cuando sea un general en jefe.

En primer lugar, la residencia del Emperador allí, no se llamaba "Cuartel general," como se llama la de un general en jefe; sino "Cuartel imperial," conforme al artículo 24 del título V, tratado VII de la *Ordenanza General del Ejército*, que hablando de la presencia del rey en campaña, llama al lugar que ocupa "Cuartel Real."

En segundo lugar, el Emperador no conocía el miedo y rodeado de los valientes más afamados del país, no era S. M. quien hubiera consentido jamás en situarse lejos del peligro, porque era un héroe lleno de dignidad, de abnegación y patriotismo, como lo probó más tarde dando su vida por su patria en ese mismo cerro de las Campanas, y habría preferido morir cien veces á separarse de donde llovían

* Resumen del capítulo del libro de Arellano:—Astucia con la cual traicionaba Márquez.—Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa.—Paralelo entre la traición de Márquez y la de López.—Facilidades que tenía el primero para traicionar.—Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien.—Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron.—Certidumbre que tenía del éxito de su plan.—Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez.—Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de Marzo.—Pruebas de la existencia de ese plan de venganza.

los proyectiles enemigos. Así es que ni por inspiración mía, sino por voluntad suya, estableció su cuartel imperial en el cerro de las Campanas, acostándose como un soldado raso sobre la tierra y apoyando su coronada cabeza en la rueda de un cañón, mientras que Arellano dormía segura y cómodamente dentro de la ciudad, ó en una buena tienda de campaña; ni yo le habría aconsejado nunca que se separara del lugar del peligro, cuya sana intención de mi parte hubiera podido interpretarse maliciosamente por algún miserable que no me conociera. En consecuencia: ni yo tengo la culpa de que el Emperador estableciese allí su cuartel imperial; ni yo podía, ni debía, ni quería aconsejarle lo contrario; ni el Emperador de México habría recibido bien esas proposiciones, y mucho menos accedido á ellas, porque sabía perfectamente que la gloria sólo se alcanza en medio del peligro. Y tan malvado es Arellano en sus calumnias, que supone que yo dejaba allí al Emperador para que pereciese tal vez de una bala enemiga. ¿Pues qué, las que llovían sobre el Soberano, no pasaban sobre mí, que estaba siempre á su lado? ¿no era muy posible que en vez de ofender á S. M., me matasen á mí? ¿cómo puede comprenderse entonces que yo tuviese una intención dañada cuando daba al Monarca la mayor prueba de lealtad exponiendo mi vida siempre á su lado?

Y en tercer lugar, que las reglas del arte, en la parte á que se refiere Arellano, esto es, en cuanto á cuidarse el general en jefe, no las observamos nunca en México. Allí el que manda una fuerza, en un hecho de armas, cualquiera que sea su categoría, es el primero que se bate, está siempre en el lugar de mayor peligro, se pone á la cabeza de las columnas para dar la carga y se presenta sin cesar en toda la línea de batalla, exhortando á sus subordinados y dando ejemplo de valor con su arrojo. Demasiado lo sabe Arellano, como lo sabe todo el que conozca á México. Y si aún esto le parece mal, porque todo lo encuentra malo en el ejército mexicano, creyendo que allí nadie conoce la ciencia de la guerra más que él, le recordaré que el mariscal Forey, cuando sitió á Puebla en 1863, estableció su cuartel general en la misma línea de batalla, á medio tiro de cañón, en el cerro de San Juan, donde la plaza le metía sus proyectiles hasta dentro de su habitación, pasando muchas veces muy lejos á retaguardia del cuartel general. Y no por eso el mariscal Forey se retiró de allí, sino que permaneció firme en su puesto hasta que concluyó el sitio. Cito este hecho, porque sabido es que el ejército francés sigue rigurosamente las prescripcio-

nes del arte. Otros muchos ejemplos pudiera presentar de generales muy entendidos, que han hecho lo mismo.

Más adelante dice Arellano que yo inspiré la idea al Emperador de trasladar *su cuartel general* del cerro de las Campanas al convento de la Cruz, porque allí había más peligro en razón de haber cargado el enemigo el mayor número de sus fuerzas por aquel lado. Ese fué precisamente el motivo por qué el Soberano se trasladó á dicho punto, puesto que ya nada tenía que hacer en el primero y quería estar donde pudiese verlo todo mejor, sin que yo le aconsejase la elección de tal ó cual punto, porque S. M. sabía muy bien donde debía situarse.

Dice también que el panteón de la Cruz no estaba fortificado, ¿cómo había de estarlo, cuando nunca se pensó defenderse allí? Sin embargo de eso, si en la batalla del día 14 de marzo los contrarios ocuparon por un momento una parte de él, en el acto mismo salí yo en persona con el muy bizarro teniente coronel don Juan de Dios Rodríguez y algunos soldados del batallón del Emperador, y los arrojamos de allí, reconquistamos el panteón y lo guarnecí convenientemente sin que nuestros adversarios volvieran á poner un pie en aquel lugar, mientras yo estuve en Querétaro. Por lo demás, las obras de defensa que se hicieron en dicho punto, como todas las otras de mi época, fueron mandadas ejecutar por mí, según las órdenes del Emperador, de acuerdo con mi opinión. Arellano, que no es mas que artillero, nada tenía que ver en todo esto, y mucho menos cuando teníamos á un excelente comandante general de ingenieros, el general Reyes, que las dirigía admirablemente; y como yo conozco mi deber, sé muy bien cual es la misión de cada uno.

Antes de ir más lejos, necesito hacer aquí una explicación que no se ha hecho. Todos saben que nosotros no salimos de Querétaro; que el enemigo se concentró á las puertas de aquella ciudad; que nos cercó y quedamos sitiados; pero nadie sabe por qué: Arellano lo atribuye á culpa mía, y con esto me obliga á referir los hechos para aclarar la verdad.

Cuando el Emperador en Querétaro, cansado de esperar al general Olvera y sabiendo que el enemigo estaba ya en Celaya y en San Miguel de Allende, vió que se aproximaba el rompimiento de las hostilidades, resolvió marchar al encuentro de sus contrarios, y dió la orden para salir, dejando en la plaza una pequeña guarnición á las órdenes del general Calvo. Llegó el momento de emprender el movimiento:

lo comenzó el general Miramón con su infantería, en la inteligencia de que había de continuar hasta encontrar al enemigo. El Emperador marchó en seguida, y antes de llegar á la garita de Celaya, el general Miramón vino á su encuentro y le dijo:

—Mi descubierta se ha batido ya con el enemigo, que le tenemos al frente. En consecuencia he formado aquí, estableciendo mi centro en el cerro de las Campanas y prolongándome á derecha é izquierda.

El Soberano y yo recorrimos su línea y la encontramos perfectamente en todo; pero esta formación nos ocasionó el grave mal de quedarnos en la misma ciudad donde el enemigo pudo luego encerrarnos. Si Miramón hubiera avanzado siquiera media legua más, se habría comprometido una batalla campal y todo se hubiera terminado aquel mismo día felizmente para nosotros; pero aun cuando hubiéramos sido derrotados, sin embargo, perdiendo, hubiéramos ganado, porque no muriendo ni el Emperador ni sus caudillos, habrían continuado sosteniendo la causa.

He hecho esta aclaración para que se sepa por qué no estaba forificado el panteón de la Cruz.

Es tan grande la fatuidad de Arellano y el anhelo que tiene de figurar, que no hay un solo pasaje en que hable del Emperador, de Miramón ó de mí, que no diga al punto *que allí estaba él*. Como para dar á entender que era un gran personaje que figuraba á la altura del Soberano, á cuya augusta persona trataba así, como á su amigo, de igual á igual. Y por eso dice que en la batalla del 14 de marzo se paseaba con el Emperador y conmigo, conversando los tres fraternalmente en lo más reñido del combate, ¿no le hubiera estado mejor á Arellano, en momentos tan solemnes y tan críticos, recorrer la línea, visitar sus baterías, para desengañarse por sí mismo de lo que en ellas se necesitara; tener cuidado del parque general para que estuviesen prontas cuantas municiones se le pidieran, y dar al Emperador partes frecuentes y detallados de cuanto ocurriera en la arma que mandaba, diciéndole además su parecer en todo lo relativo á ella? ¿qué me puede contestar Arellano? Que aquel era su puesto; pero no para estarse de ocioso con los brazos cruzados, porque para eso mejor hubiera estado en su casa. ¿Qué no ha visto al general don Santiago Cuevas en una batalla, recorrer su línea, como un relámpago, apareciéndose instantáneamente en todas partes, hablar con sus artilleros, darles instrucciones, combinar sus fuegos, dictar con la velocidad del rayo cuantas provi-

dencias se necesitan en el momento, para sacar de sus cañones toda la ventaja posible y alcanzar el mejor éxito, con el arma que está á sus órdenes; comunicar todo al general en jefe y acordar con él lo más conveniente para llegar al resultado que se desea? Antes he dicho que como jefe de artillería, Arellano puede pasar; luego veremos que ni para eso sirve.

Aquí refiere mi detractor una escena que por más que la desfigure y que la interprete mal, no puede menos que honrarme siempre, dando á mi calumniador el más solemne *mentís*, puesto que prueba mi lealtad hasta la evidencia. Dice que en lo más nutrido del fuego de la batalla del día 14, paseándome con el Emperador en la plaza de la Cruz, de repente se me rodaron las lágrimas, é interrogándome S. M. sobre el motivo, le contesté:

—Nada, señor, sino que soy muy dichoso.

A lo cual me contestó el Soberano, dejando también correr lágrimas de gratitud y estrechándome en sus brazos, casi sin poder articular estas palabras:

—Tiene usted razón de estar contento, general, pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria.

Es verdad que así pasó: fué el efecto de una de esas dulces emociones del corazón que se sienten y no se pueden explicar. Al comenzar la batalla había yo visto los cerros que nos circundaban, cubiertos de tropas, que formadas en columnas, con bandera desplegada y en el mejor orden, descendían como un torrente sobre nosotros, amenazándonos con una destrucción inevitable; y poco después veía yo á ese numeroso ejército, que se había estrellado contra nuestros valientes, rechazado y despedazado, sin habernos podido tomar ni un palmo de terreno; por consiguiente yo veía nuestra victoria asegurada, así como la consolidación del Imperio y el porvenir de México. Natural era, pues, que poseído de regocijo, me entusiasmara hasta el grado de verter lágrimas de gozo; pero ellas fueron el mejor testimonio de mi fidelidad al Monarca y de la buena fe con que peleaba; mientras que las lágrimas del Emperador, sus palabras amistosas y la ternura con que me estrechó en sus brazos, son la prueba más clara y convincente de que S. M., que conocía tan perfectamente mis intenciones, mis deseos por el bien de mi patria y mi adhesión al Soberano, se hallaba enteramente satisfecho de la lealtad que guiaba todos mis pasos.

Dice Arellano que tomado por el enemigo el panteón de la Cruz, tenía abierta la puerta hasta la plaza, que es uno de los proyectos que me atribuye; y ya hemos visto, y testigos fueron de ellos los dos ejércitos, que ni por haber logrado nuestros contrarios ocupar un momento dicho panteón, pudieron seguir adelante ni un solo paso; ni yo les dejé en posesión de aquel terreno más tiempo que el que tardé en entrar con el teniente coronel Rodríguez, á quitárselos, como lo conseguí; y esto, como he dicho, antes, lo presenciaron todos los que estaban allí: apelo á su testimonio.

No recuerdo la orden á que alude Arellano, dada al general Castillo para que se moviese con su división en apoyo de la Cruz; pero aun cuando así haya sido, puesto que Miramón y Castillo lo dicen en sus partes, ni tiene nada de particular, ni hubiera sucedido el mal que pinta Arellano, con el cumplimiento de aquella orden; ni yo tenía la menor responsabilidad.

En primer lugar, ¿qué tiene de raro que el Emperador, viendo los cerros inundados de las tropas que descendían sobre la Cruz, amagándola tan seriamente, tendiendo la vista á nuestra línea en aquella parte, y encontrándola tan débil por su escasa guarnición, que por razón natural no era posible que resistiese el tremendo empuje que le amenazaba, y no observándose en aquel momento movimiento alguno del enemigo en otra dirección, hubiese dispuesto que la tropa más inmediata ocurriese en auxilio del punto amenazado, y me diese la orden de que así se ejecutara? Al prevenirlo yo, no habría hecho más que cumplir lo que se me mandaba.

¿No dice el artículo 33 del título 5º, tratado VII de la *Ordenanza General del Ejército*: “durante la acción se mantendrá el Cuartel Maestre con sus Ayudantes, cerca del General, llevando consigo el plan y disposiciones dadas para la función, á fin de que si los movimientos del enemigo obligaren á variarlos, pueda aquel jefe (con presencia de lo mandado) tomar prontamente el partido que convenga?”

No es cierto, ó por lo menos no era infalible que separándose por un momento de su línea una pequeña parte de la división Castillo, ó aun cuando hubiese sido toda ella para auxiliar á la Cruz, que era el punto más interesante por su posición, por ser la residencia del Emperador, por estar allí reunidos todos nuestros elementos de guerra y por otras mil razones, el enemigo se introdujese en la plaza por aquella línea, puesto que no quedaba desguarnecida, porque Miramón de-

bía cubrirla violentamente con el resto de sus fuerzas, mientras regresaba Castillo; pero aun cuando hubiésemos tenido la desgracia de que así sucediera, no por esto se habría perdido la plaza, porque las tropas del general Castillo, las de Casanova, las mismas de la Cruz, las de Mejía y todos nosotros habríamos cargado rápidamente sobre él, y lo hubiéramos hecho pedazos en las calles de la ciudad. ¿No me vió Arellano hacer yo personalmente esto mismo en Morelia, el 18 de diciembre de 1863? ¿No presenció que allí logró el enemigo posesionarse del colegio de las Rosas y de los parapetos adyacentes, y penetrar hasta el centro de la plaza de armas? ¿Y acaso por eso, me consideré perdido, ni me desanimé? ¿Qué no recuerda que con sólo 16 hombres del 1º de infantería me lancé sobre mis contrarios, que ocupaban la plaza, los arrojé de ella y los replugué á balazos hasta encerrarlos en el colegio de las Rosas, donde hice prisioneros á los 500 enemigos que se habían apoderado de aquella parte de mi línea? ¿Ha olvidado, acaso, que después de dejarla de nuevo guarnecida, seguí combatiendo en los demás puntos hasta alcanzar la victoria? ¿pues, cómo supone que porque algunos soldados de los contrarios penetrasen por la línea que dejaba el general Castillo, se había de haber perdido la plaza?

Ya he dicho que no recuerdo haber comunicado la orden de que se trata; pero la mejor prueba de que no fué así, ó por lo menos de que no emanó de mí, es que no se cumplió, porque si yo la hubiera dado, se habría cumplido. Por experiencia propia sabe bien Arellano que lo que yo mando se hace: que nunca permito que se me desobedezca; que tengo sobrada energía para obligar á mis subordinados á cumplir su obligación; que sé mi deber y que en caso de una desobediencia habría yo volado inmediatamente al lugar de ella y hecho allí mismo un ejemplar castigo, cualquiera que fuese la categoría del delincuente. Y como de la misma manera habría yo procedido respecto de cualquiera orden del Emperador que yo comunicara, porque había yo de hacer que se cumpliera su voluntad, esto me convence de que no existió tal orden, y que en todo ello no hubo más que una mala inteligencia, porque de otro modo ¿cómo se comprende que por una parte yo le diese á Castillo orden del Soberano en el momento de la batalla, llamándolo en su auxilio, y por otra Miramón ordenase á Castillo desobedecer lo que se le mandaba quedando así burlada la orden del Soberano, sin que yo fuese á hacer que se cumpliera? De suerte

que, como he dicho antes, no pudo haber habido más que una equivocación.

La historia de los acontecimientos muestra bien claro que yo no podía dar ninguna disposición que contribuyese á la perdición del Imperio, cuando todo mi afán era trabajar empeñosamente en salvarlo derrotando al enemigo. El mismo Arellano ha dado á conocer en su folleto la escena pasada en la plaza de la Cruz entre el Emperador y yo, que por más que se desfigure, será siempre un testimonio de mi lealtad al Soberano. Si eso no basta, aquí tenemos otro todavía más importante. Lo refiere en sus *Memorias* el teniente de artillería don Alberto Hans en estos términos, hablando de la misma batalla del día 14 de marzo:

“Allí también fuí testigo de un rasgo de valor del general Márquez. En el momento en que el 3.º de línea volvía bajo una granizada de balas, el general subió á la trinchera tras de la cual se hallaba una sección de mi batería, diciendo á los soldados:

—¡Entrad, muchachos; entrad: os habéis batido valientemente ¡Viva el 3.º de línea!

“Las balas de los rifles silbaban y rebotaban contra nuestras piezas; y *todos nos admirábamos de no ver caer al General*. Le suplicamos que se bajase; *no hizo caso alguno de nuestras súplicas*. El Emperador que lo vió, mandó dos veces á su ayudante Ormachea, prohibiéndole *que se expusiera de aquel modo*.”

Quien así se exponía por el Emperador, no podía en manera alguna traicionarle.

Y si ni esto basta, aquí tenemos otra prueba que desmiente la acusación de Arellano, de una manera todavía más clara.

Después del hecho que acaba de referir el teniente Hans, advertí que por la huerta del convento de la Cruz se oía hablar tropa enemiga, situada al otro lado de la tapia de dicha huerta, que formando parte de la calle que corre desde la garita de México y siguiendo el costado izquierdo del convento de la Cruz, se prolonga hasta muy adelante de su puerta principal, terminando en una encrucijada, que por la izquierda conduce á la Alameda y llano de Carretas, donde estaba el general Mejía; por el centro, al interior de la ciudad; y por la derecha, al centro de la plaza de la Cruz, distante de aquella esquina sólo cincuenta pasos.

La fuerza enemiga de que estoy hablando constaba de 3,000 hom-

bres, y nadie se ocupaba de ella á pesar de haber llegado hasta la encrucijada, porque no era vista en razón de que la cubría perfectamente la tapia de la huerta, que dejo mencionada. De suerte que si yo hubiera procedido de mala fe, como tanto se empeña Arellano en sostener, aquí tenía yo una ocasión muy propicia sin necesidad del panteón de la Cruz, ni de retirar las fuerzas de Castillo, porque con sólo dejar continuar su marcha á la columna enemiga, ó hubiera batido de flanco á la caballería del general Mejía, y atacado por la espalda la línea de Miramón, si tomaba la calle de la izquierda: ó se hubiera internado hasta el centro de la ciudad, si seguía la calle recta; ó bien, si doblaba á la derecha, se hubiera arrojado repentina y rápidamente sobre la plaza de la Cruz, que era lo que pretendía, y Dios sabe lo que hubiera sucedido, porque en el parapeto de aquel lado, muy provisionalmente construído, no teníamos más guarnición que 20 soldados, con un pequeño obús de montaña.

Ahora bien, veamos lo que yo hice luego que tuve conocimiento de aquella fuerza enemiga.

Entré en la huerta mencionada: me cercioré del número y situación de nuestros contrarios, les mandé arrojar granadas de mano enseñando yo mismo á mis soldados el modo de verificarlo; y entre tanto que se sostenía este ataque del uno al otro lado de la tapia, salí violentamente llevando al coronel Arellano, que allí estaba, tomé la guarnición del parapeto amenazado, hice llevar á brazo el obús de montaña, y de repente me aparecí, con los valientes que me seguían, en la encrucijada donde el enemigo tenía ya su vanguardia, y rompiéndole un fuego de fusilería vigoroso y nutrido, acompañado de granadas, disparadas por el mismo Arellano con el obús que llevamos, logré rechazarlo hasta su línea, sin que volviese á intentar penetrar en la plaza; que así salvé con honra mía, gloria del ejército y beneplácito del Emperador, que testigo de todo me concedió la medalla de primera clase del mérito militar, que S. M. estimaba como la principal de sus condecoraciones, puesto que no la concedía sino por una acción distinguida sobre el campo de batalla, cuyo honroso distintivo colocó S. M. sobre mi pecho con sus propias manos al partir yo para México.

Todo lo que acabo de referir lo presencié Arellano, porque, como antes he dicho, estuvo á mi lado: el Emperador y sus ayudantes, y una multitud de compañeros que todavía viven. Y como el mejor tes-

timonio en este caso es el de Miramón, aquí lo presento en las palabras relativas á este hecho en su parte de aquella batalla, en el cual queriendo elogiar á su amigo Arellano; pero no pudiendo omitir la gloria que me pertenece, dice así, al referir que atacó al enemigo en la Alameda: *Este movimiento coincidió con la salida que hicieron del frente de la Cruz el E. S. General Gefe de Estado Mayor D. Leonardo Márquez, y el Comandante General de artillería D. Manuel R. de Arellano con alguna infantería, y una pieza de montaña, circunstancia que arrojó á las columnas enemigas que se habían adelantado sobre la derecha del mismo fuerte. Tal coincidencia libertó á la plaza del tenaz ataque que la amagaba por ese rumbo desde la mañana.*

De suerte que, mientras que Arellano me acusa de querer yo entregar la plaza en aquel día, Miramón declara oficialmente en su parte al Emperador que yo la salvé.

Esta declaración de una autoridad tan respetable como Miramón, y el relato de Hans, que acabamos de ver, me presentan la ocasión de recordar á Arellano aquel artículo de ordenanza que dice, que "la única certificación á que debe aspirar un oficial, es la pública notoriedad de sus hechos." Es decir: porque es lo mejor.

Dice Arellano que "yo me guardé bien de publicar en Querétaro el parte de Miramón de la batalla del 14 de marzo, pero que el Emperador lo mandó por casualidad á México, donde se publicó" No fué de casualidad; yo lo llevé con ese objeto y por eso apareció publicado el 30 de marzo, porque yo llegué el 27 del mismo.

XII

El ataque al cerro de San Gregorio *

Tenaz Arellano en culparme por todo lo que pasó en Querétaro, me atribuye cuanto malo ocurrió allí y al fin de cada capítulo repite la cantinela de que va á probar mi traición, sin que acabe de probarla nunca, y sin que pueda hacer otra cosa que prorrumpir en injurias, que no son razones.

* Nota del capítulo del libro de Arellano:—Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.

Refiere el ataque de San Gregorio, frustrado el 17 de marzo, substancialmente en estos términos:

Dice que "el general Miramón atacaría al mencionado cerro por su izquierda y retaguardia, protegido por el general Castillo, que figuraría un ataque falso por su derecha sobre la izquierda del enemigo; y que estando ya listo Miramón para atacar, se desgració su plan porque en esos momentos llegó el general Méndez al cerro de las Campanas donde estaba el Emperador y le dijo que el enemigo entraba en la plaza por el lado de la Cruz, y su brigada no había podido relevar á la fuerza de Castillo para que concurriese al ataque. Que ya era de día; que le era imposible colocar su brigada en el puesto que se le había designado y que además la plaza iba á ser tomada." En cuya virtud el Soberano me preguntó: "¿Qué debía hacerse?" Y yo opiné porque se retirara Miramón, puesto que ni podía ya emprender el ataque que había combinado, ni se podía abandonar la plaza, que, según Méndez aseguró al Emperador, iba á ser tomada.

¡Cuántas reflexiones se desprenden de esta narración de Arellano! en primer lugar, el plan de ataque sobre el cerro de San Gregorio, que Miramón propuso al Emperador, no era decisivo, sino parcial; porque no es como dice Arellano, que dicho punto contuviese el grueso del enemigo, sino sólo la pequeña guarnición que le correspondía. En segundo lugar, se ve que en todas las ocasiones que aquel general quiso disponer del ejército para atacar al enemigo, lo tuvo á su disposición, resultando de ello que es falso el que yo me opusiera nunca á ningún intento de ataque; y por el contrario, ayudé siempre para este fin, en cuanto pude, con toda la fuerza de mi voluntad. Y en tercer lugar, se palpa que no tuve la menor culpa en que se desgraciara aquella operación.

Desde el momento en que, resuelto el ataque de que estoy hablando, quedaron á las órdenes del general Miramón todas las tropas que se destinaron para este objeto, obligación era y responsabilidad de dicho general el vigilar que cada uno estuviese en su puesto á la hora prevenida, con toda la anticipación que la *Ordenanza* recomienda para estos casos, cuidando de que con la misma exactitud se verificara cualquiera relevo que se hubiese de ejecutar. Por consiguiente, si la brigada de Méndez no estuvo relevada á tiempo; si ésta no se halló en la línea de Castillo á la hora que se le previno; ni Castillo se encontró con su división en el punto de ataque á la hora que se le fijó, no